

DOS DISCURSOS

## “Plus Ultra“... (1)

---

Vuestro generoso aplauso colectivo me evoca sensaciones diversas: la tierna caricia de una madre que alienta al niño en sus primeros pasos, ó la cita de un delicado verso clásico en la monotonía de una página prosaica, ó el fecundo aluvión sobre una pampa calcinada por largo día de sol ardiente, ó la clarinada del propio ejército al centinela perdido en la distancia y en la noche, expuesto á desorientarse. Descubro en el aplauso un estímulo; en el elogio un pacto. La celebración de este éxito me parece un violento hincar de espuelas sobre el flanco del trabajador que sospecháis cansado, compeliéndole á nueva y proficua labor, para exigirle realizaciones concordes con vuestros amistosos presentimientos.

\*  
\* \*

---

(1) Discurso pronunciado en 1904 en el banquete ofrecido al autor al obtener el premio de la Academia de Medicina «á la mejor obra científica publicada en el país», por el libro *Símulación de la locura*.

Mucho cariño dictó, ayer, á un discípulo: «Has llegado», en una felicitación casi tierna.

¿Llegado? ¿Se llega, acaso, en la vida?

Sólo llega el que fracasa, porque llegar es detenerse. La vida es acción, movimiento incesante. Vive el que nunca llega, el que se propone ideales cada vez más lejanos mientras se aproxima á cada uno de los que persigue. Llegar implica un renunciamento á las posibilidades ulteriores.

La vida no debe ser uniforme y serena como una etapa sin confines. Es una cordillera infinita: debemos vivirla en perpetuo ascenso hacia más altas cumbres, progresivamente, corriendo siempre tras la quimera de un perenne más allá.

La ruta no es descabellada: aunque sobre la veta desbordante de nieve la refracción del sol ciegue al viajero; aunque la atmósfera difícil oprima los pulmones inexpertos; aunque, mirando al llano, la propia audacia cueste el vértigo de las alturas.

En la duda, ¿preferiremos que nos ciegue el verdadero reflejo del pantano inerte y cenagoso —que nos ahoguen los miasmas condensados en las llanuras apestadas de vulgaridad—, que nos asfixie el ácido carbónico que, por más pesado, se condensa en los estratos inferiores de la atmósfera?

Vida ascendente y programa infinito, debe ser la fórmula para la juventud. Llegar es acomodarse y reposar, gozando del trabajo pasado; es decir, enmoheciendo los engranajes.

\* \* \*

La expresión de la vida es el movimiento, suele repetirse.

Ante la soñolienta serenidad de un lago que induce á meditativas calmas, sentimos el íntimo deseo de quebrar la inmóvil frescura del agua; deseamos que un cisne surque la superficie melancólica poniendo su nota de movimiento sobre la perspectiva inerte y que una doble estela divergente rice con gracia coqueta, desde sus flancos, la infinita quietud. En el tranquilo jardín estival buscamos, instintivamente, la mariposa ó el picaflor; y bajo la grave copa el nido palpitante de ternura y de vida; y sobre los trigales maduros la ráfaga que arquea la superficie, en un oleaje grávido de espigas; y sobre el tedio de un mar soñoliento auguramos una vela distraída ó una góndola sonriente...

Como buscamos el movimiento en la Naturaleza, debemos buscarlo en la vida, que es acción, diversa é innumerable, pero incesante.

\* \* \*

Cualquier deseo será para nosotros el principio de una acción. Debemos preguntarnos, como el poeta: «¿Por qué la potencia humana no es infinita como el deseo?» Hacerlo todo, hacerlo sin reposo, antes que el sentimiento de la dificultad obste al deseo mismo.

Y si la admiración es estímulo, admiraremos por igual la actividad del que extrae la estatua elocuente del bloque mudo y del que arranca el maligno neoplasma de la viscera enferma; admiraremos al sembrador que incuba en las entrañas de la tierra la germinación de las mieses y al domador que enfeuda en su volutas los instintos rebeldes para que su cerebro dirija los músculos del bruto; al que emancipa, con instrumentos nue-

vos, la secular esclavitud de sordas glebas; y al que redime, con la inyección del suero, millones de niños envenenados por el microbio; y al audaz que trepa en la atmósfera y domina los vientos; y al que vigila, centinela sobre el espacio, el curso de las constelaciones, y lo adivina; y al que en los rastros silenciosos de piedras seculares ausculta el silabeo de idiomas muertos, descifrando en el mutismo de los signos la historia lejana de otras generaciones que esparcieron su actividad, que fué su vida, sobre el planeta.

Todo movimiento es bello. Toda acción es fecunda. Toda fuerza es admirable.

\* \*

Los éxitos no señalan el final de la acción, no realizan ideales: en la vida intensa y ascendente no hay estaciones de llegada. Son, apenas, oasis de fresca sombra esparcidos en el interminable arenal de la lucha por la vida. Alegran la vista, quebrando la monotonía del paisaje; aplacan la sed que pone la fatiga en las fauces del viajero, y más que todo, sirven para medir con precisión el trayecto recorrido, sin prejuizar el infinito que siempre queda por recorrer.

Para el hombre de ciencia, para el filósofo, para el artista, los panoramas son ilimitados, las rutas para la acción superan todo cálculo.

Penetrar los modos del fenómeno y los misterios de la causa, en la Naturaleza y en la vida; buscar las leyes que ritman la existencia humana; conocer y dilatar el curso de sus múltiples resortes fisiológicos; descubrir los secretos engranajes de la enfermedad y aplicarles el lubricante de razona-

bles terapéuticas, es ya un programa de exploraciones ilimitadas.

Sin embargo, apenas constituye un capítulo en el objetivo total de la ciencia, de la filosofía y del arte.

\* \*

Si alguien pudiera representar á mi geneaación, en la que soy apenas uno de tantos legionarios, podría enunciar en pocos postulados el programa para toda la juventud intelectual: la que escudriña problemas científicos superiores y la que educa su espíritu en las letras y en las artes.

La inteligencia es cualidad vulgar en los argentinos. Ella se convierte en talento por obra del estudio pertinaz; en cambio, no pasa de frivolidad estéril si no es fecundada por una constante disciplina de trabajo. La actual juventud será legión de hombres de talento, en las ciencias y en las letras, si modela esa áspera arcilla de su inteligencia nativa hasta darle una vigorosa robustez de *Discóbolo* ó una bellísima finura de *Perseo*.

La era de las improvisaciones declinará muy pronto; hay en la palestra demasiados luchadores por la vida. Será cada vez más difícil piratear una cátedra ó ejercer funciones públicas sin aptitudes especializadas. La evolución de los pueblos civiles impone definir la división social del trabajo; tal vez, en un futuro no remoto, exija en cada profesor un sabio, en cada funcionario un técnico, en cada político un sociólogo.

Entonces llegará para la juventud la hora de las liquidaciones positivas. Los activos, los infatigables estarán sobre el buen derrotero, mirando frente á frente los problemas del porvenir, como

experimentados capitanes que ponen la proa hacia la nube lejana, sin temor á las tormentas, que les son ya familiares...

\* \* \*

Permitidme, amigos, que al agradecer esta demostración, asocie la medalla actual de la Academia de Medicina con un recuerdo que solía referirse en mi hogar modesto, recuerdo lejano, mas no por eso menos intenso en mi afecto.

Un niño cursaba grados elementales en el Instituto Nacional, dirigido por el virtuoso educacionista Pedro Ricaldoni. Llegó la semana de exámenes, y el niño obtuvo tantos «sobresalientes» cuantas asignaturas cursaba. Le otorgaron la medalla destinada al mejor alumno del Instituto, y el niño, menos contento por esa distinción de cuanto lo hubiera estado recibiendo un cartucho de caramelos, regresó al hogar, comunicó el resultado de los exámenes, y con gesto displicente entregó á su madre aquella insignia cuyo valor no comprendía.

Ajeno á la emoción provocada, oyó de pronto á su espalda sollozos mal reprimidos; volvió la cabeza y vió á su madre, la medalla entre las manos, los ojos húmedos de llanto.

He oído referir que el niño, inconsciente en sus siete años del por qué de aquellas lágrimas, corrió hacia su madre, trepó sobre sus faldas y echó á llorar también él, diluyendo en ese llanto virgen, cuyas fuentes ciega para siempre la edad que pasa, las sílabas de una frase justificativa:

—No llore, no llore; no lo haré más: ¿qué culpa tengo si me han dado esa medalla?

\* \* \*

En el presente caso, huelgan las disculpas. Pero cabe expresar un voto, y no resisto á la tentación de formularlo.

Os invito á levantar la copa, augurando que en breve plazo un argentino de mi generación sobrepase este éxito obtenido ante la Academia de Medicina de Buenos Aires, y pueda anunciar que ha conquistado, para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París.